

LA RECIENTE MOVILIZACIÓN POLÍTICA DE LOS JÓVENES: EXPRESIONES LOCALES DE UNA CRISIS MUNDIAL

• Catalina Morfín López* •

Meses antes de las elecciones presidenciales de 2012, en México ocurría algo inusitado y esperanzador: jóvenes estudiantes de la Universidad Iberoamericana (UIA) se manifestaban contra el candidato Enrique Peña Nieto –quien para muchos representa al grupo de los políticos más corruptos que ha tenido el Partido Revolucionario Institucional (PRI)– con pancartas de repudio y preguntas críticas sobre su gestión como gobernador del Estado de México, en especial en torno a su responsabilidad en la represión y la violación de los derechos humanos de manifestantes, seis años atrás, en San Salvador Atenco.

Televisa, empresa que monopoliza, junto con TV Azteca, la radio y la televisión en México, no tardó en difundir que estos jóvenes eran infiltrados del Partido de la Revolución Democrática (PRD). De inmediato, los estudiantes de la UIA elaboraron un video que se subió a

* Es doctora en Ciencias Sociales por el CIESAS-Occidente, profesora del Centro de Formación Humana y actual coordinadora de Investigación y Posgrado en el ITESO.

YouTube con sus nombres y credenciales. Las redes sociales se llenaron de #YoSoy132, que era el número de alumnos más uno de los que ahí participaron.

A partir de ahí se organizaron varias marchas en el Distrito Federal contra el cerco informativo de Televisa, contra Peña Nieto, todas nutridas con la participación de estudiantes de diversas universidades. El movimiento tomó por sorpresa a quienes diseñaron las campañas electorales y tuvo un impacto en la revitalización del ánimo político de la sociedad. A pesar de que su impulso no alcanzó para detener el cuestionado regreso del PRI al gobierno federal, su espíritu crítico, su fuerza social, sus formas lúdicas de manifestarse, fueron y siguen siendo un bálsamo renovador para la sociedad mexicana. Su presencia en la vida de las instituciones políticas formales estaba de regreso.

Y aunque este renovado interés de los jóvenes en la política electoral se concretó en el movimiento #YoSoy132, meses antes el mundo había sido testigo de una serie de expresiones públicas donde los jóvenes se manifestaban contra la precariedad de la vida democrática y la incapacidad de los Estados por satisfacer sus necesidades y respetar sus derechos inalienables.

Recordemos que, en los primeros meses de 2011, sucedió una serie de manifestaciones y protestas masivas en varias plazas públicas de España, convocadas por diversos grupos que luego se identificaron como el movimiento de *Los indignados*. Una de sus características era la participación de gran cantidad de jóvenes ilustrados, de clase media, cuyas demandas se relacionaban con la falta de oportunidades laborales, como resultado del sistema económico neoliberal y de las autoridades políticas que no le ponen límites. Los nombres de dos de las agrupaciones convocantes sintetizan, con elocuencia, el sentido de sus protestas: *Democracia real ya* y *Jóvenes sin futuro*. Estas manifestaciones, que comenzaron en la primavera de 2011, fueron el detonante de un

movimiento global que convocó a miles de personas insatisfechas por la precarización de su calidad de vida y hastiadas de una clase política incapaz y corrupta. El movimiento fue difundido por medio de las redes sociales electrónicas, a través de las cuales se convocó a manifestaciones masivas en gran cantidad de plazas públicas del mundo.

Jorge Alonso,¹ en una detallada elaboración de los acontecimientos en torno al movimiento de *Los indignados*, señala que, en el caso de España, los principales generadores del malestar que detonaron las manifestaciones fueron el rescate de los bancos, una reforma laboral que perjudicaba al trabajador, el recorte de las pensiones, el desempleo de una quinta parte de la población económicamente activa y que, en el caso de los jóvenes, afectaba a casi la mitad. El 15 de mayo de 2011, por medios electrónicos personales, algunos grupos de inconformes impulsaron una manifestación que superó todo lo que se hubiera esperado.²

Aunado a estos agravios estaba la constatación de que la clase política se colocaba al lado de los intereses del capital y no servía para defender los derechos de los ciudadanos; por ello, para varios analistas,³ lo novedoso de este movimiento está, precisamente, en la crítica radical de la representación política, en que la gente se dio cuenta de que los gobiernos no los representan, que no por haber votado por ellos tienen

¹ Jorge Alonso Sánchez. "Cavilaciones sobre movilizaciones de indignados sociales", Conferencia dictada en el Colegio de Jalisco, al recibir la distinción como maestro emérito el 28 de octubre de 2011.

² *Ibid.*, p. 4.

³ Armando Fernández Steinko. "Origen y recorrido del movimiento 15-M español", 2011. Fecha de acceso, 27 de noviembre de 2011. Disponible en <http://www.attac.org/es/attac-espa%C3%B1a/origen-y-recorrido-del-movimiento-15-m-espa%C3%B1o>; Thomas Coutrot. "La paradoja de los indignados", 2011. Fecha de acceso, 26 de noviembre de 2011. Disponible en <http://www.attac.org/es/attac-espa%C3%B1a/thomas-coutrot-vicepresidente-de-attac-francia-la-paradoja-con-los-indignados>

derecho a hacer lo que se les da la gana. Señalan que es un retorno a las fuentes de la democracia real.

El movimiento español sirvió como inspiración a otros movimientos mundiales. En Grecia, las medidas de austeridad impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Unión Europea, que aceptó la clase política, provocaron manifestaciones populares de repudio. En Gran Bretaña, en junio de 2011, se registraron huelgas y marchas multitudinarias en contra de la reforma de las pensiones. Más tarde, jóvenes de barrios pobres de Londres provocaron disturbios, destrozaron escaparates, saquearon tiendas e incendiaron comercios, y fueron enfrentados con violencia por la policía.⁴

Por su parte, este año también los estudiantes chilenos salieron al escenario público, en continuidad con la movilización de alumnos de educación media superior de 2006, conocida como “la revolución de los pingüinos”, mediante un amplio abanico de iniciativas de movilización para exigir un sistema de educación pública, ya que de ser un derecho público para toda la población, la educación se convirtió en una mercancía más, al alcance de quien pudiera pagarla en el mercado.⁵

Aunque la demanda de los jóvenes chilenos pareciera ser muy particular, el problema de fondo, la privatización de un bien público, responde a los mismos intereses del sistema neoliberal que pretende reducir al mínimo la responsabilidad del Estado y dejar todo en manos del mercado.

En Estados Unidos, en septiembre empezó un fenómeno de indignados, cuando unos cinco mil neoyorkinos acamparon en el parque Zuccotti, cerca de Wall Street, para protestar contra las injusticias pro-

⁴ Jorge Alonso, *op. cit.*, pp. 7-9.

⁵ Rogelio Martín. “Chile: La rebelión de los estudiantes”, en *Magis*, Guadalajara, ITESO, 2011. Fecha de acceso, 29 de noviembre de 2011. Disponible en <http://www.magis.iteso.mx/content/chile-la-rebeli%C3%B3n-de-los-estudiantes>

vocadas por los banqueros.⁶ Arundhati Roy,⁷ considera este movimiento llamado *Occupy Wall Street* como uno de los que se han sumado a otros millares de movimientos de resistencia en todo el mundo, donde la gente más pobre se alza y para en seco a las grandes empresas. Añade que pocos soñábamos con ver al pueblo estadounidense de nuestro lado, tratando de hacer esto mismo en el corazón del imperio.

El 15 de octubre de 2011 fue la fecha elegida para realizar una manifestación mundial promovida desde las protestas españolas. La convocatoria se lanzó a través de la plataforma *Democracia Real Ya* (DRY), uno de los movimientos de base del 15-M. En su fase final coincidió con otros colectivos como el *Occupy Wall Street* y se promovió por internet. Las manifestaciones se convocaban contra los cuatro poderes: el financiero, el político, el militar y el mediático (grandes grupos y censores de Internet). Indignados de 951 ciudades en 82 países anunciaron que saldrían a la calle bajo el lema *Unidos por un cambio global*.⁸ La interpretación de algunos analistas coincidía en afirmar que la convocatoria mundial había sido posible por la identificación común de las causas de la indignación: se trata de un movimiento en contra de un poder ejecutivo controlado por los bancos y los grandes poderes económicos, de un poder legislativo encapsulado por las élites políticas, y frente al poder judicial corrupto.⁹

Estos elementos son compartidos por grupos de ciudadanos de todos los países, que han respondido a la convocatoria de ocupar las plazas. Otro rasgo común es la expresión simbólica de apropiarse del espacio público, de no limitar su activismo a las redes electrónicas,

⁶ Jorge Alonso, *op. cit.*

⁷ Arundhati Roy. "We are all Occupiers", en *The Guardian*, 7 de noviembre de 2011.

⁸ *El País*, 14 de octubre 2011.

⁹ Jorge Alonso, *op. cit.*, p. 14.

sino de sentir la necesidad de la presencia física de los otros, de salir del aislamiento individualizante al que nos someten los medios masivos de comunicación, lo que ha sido posible al ocupar los espacios públicos donde se produce el encuentro con los otros.

Orientar la mirada hacia este panorama mundial de protestas contra los poderes del gobierno y del capital, nos hace suponer que los numerosos grupos, nutridos con la participación de jóvenes, que en años recientes se han organizado en la ciudad de Guadalajara para pedir la solución a algunos de sus principales problemas, son expresiones de una crisis del sistema capitalista mundial y de una crisis política producto de haber despojado a la mayoría de quienes integran las sociedades, de la posibilidad de decidir sobre su futuro, de llegar a acuerdos y diseñar las formas para llevarlos adelante.

Ejemplos de estos grupos son *Ciudad para Todos*, *Gdl en Bici*, *Ciudad Alternativa*, *Metro Gdl* y *Comité Salvabosque Tigre II*, cuyos integrantes decidieron expresar, públicamente, su desacuerdo con la forma en que se definen las condiciones y los usos del espacio público de la ciudad de Guadalajara. A partir de una investigación realizada sobre la cultura política de los jóvenes que participan en estos cinco colectivos, es posible reconocer elementos latentes de un movimiento que, en la coyuntura electoral, cristalizó en #YoSoy132. Asimismo, se descubre que miembros de estos cinco colectivos comparten rasgos de la cultura política de los jóvenes activistas en los movimientos globales que, además, ponen en cuestión algunos de los aspectos con los que se había caracterizado a los jóvenes en general. A continuación se exponen algunos de estos hallazgos, que a su vez expresan, de manera elocuente, los principales desafíos que tenemos para lograr una convivencia más humana en nuestras sociedades.

1. Ciudadanía y subjetividad

Es muy significativa la identificación inmediata que logró la palabra *indignados*, entre millones de convocados del mundo. Al parecer, la indignación es un sentimiento con el que resuenan las experiencias comunes de precarización y abandono, compartidas por todos los ciudadanos del mundo. Es, pues, la respuesta más elocuente a la vacuidad con la que hoy se vive la identidad ciudadana, en su dimensión de pasaporte, a fin de acceder, en igualdad, a los bienes sociales y ejercer los derechos civiles y políticos.

En nuestro país, es claro que ante la precariedad de la protección de los derechos, la idea de ciudadanía se ha venido interpretando más como herramienta para exigir lo que no se ha cumplido y como defensa frente a los abusos del poder, que como un estatus real de libertad e igualdad.

Para los jóvenes activistas de los colectivos mencionados, la idea de ciudadanía aparece como una expresión de resistencia que trata de impedir la unilateralidad del control del poder del Estado; una resistencia que busca la creatividad lúdica de nuevos valores y quiere recuperar la dimensión subjetiva y diferenciadora que se borra con la indistinción de que todos, por el hecho de vivir, somos ciudadanos.

2. La impostergable construcción de la esfera pública

John Holloway¹⁰ encuentra, en las resistencias de los grupos que enfrentan hoy al poder, una fuerza distinta a la de los viejos movimientos sociales, porque ahora no se trata de una búsqueda por tomar el

¹⁰ John Holloway, Fernando Matamoros y Sergio Tischler. *Pensar a contrapelo. Movimientos sociales y reflexión crítica*, Ediciones Herramienta, Buenos Aires/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Dr. Alfonso Vélez Pliego-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2009.

poder, sino de un antipoder que quiere cambiar las relaciones sociales y de producción, pero sin pretender llegar a tomar ese poder político y económico unilateral. El antipoder no sólo existe en las luchas y manifestaciones abiertas y visibles, sino también en las frustraciones cotidianas de todos, en la lucha por mantener nuestra dignidad ante el poder. Es una fuerza que, como la lava del volcán, está reprimida y oculta, pero que ha sido dominada porque así lo requiere el capitalismo.¹¹

Sin embargo, tanto los activistas como la sociedad en general, aunque compartan esa fuerza volcánica subjetiva de resistencia y lucha, y coincidan en prácticas de autonomía, mientras no encuentren un espacio de expresión en una verdadera esfera pública que posibilite un diálogo y una valoración de la diversidad de posturas, corren el riesgo de permanecer en una pulverización de intereses y causas que fragmenta esa fuerza de resistencia, balcaniza a la sociedad y facilita que ese antipoder y esa resistencia sean colonizados o penetrados por las lógicas del dinero y la política legales y paralegales.

Es decir, considerando que los colectivos son expresiones de las asignaturas pendientes que tenemos como sociedad, uno de los asuntos más importantes es la construcción de un espacio realmente público, donde sea posible la participación y el encuentro con todos quienes compartimos esta fuerza subjetiva de resistir y que, puesta en comunicación, quizá nos dé para entender nuestra diversidad, enfrentar al Estado y descubrir una nueva forma de ser copartícipes de un proyecto de comunidad política, establecer las reglas que queremos y verificar el grado de cumplimiento de nuestra ciudadanía.

Uno de los obstáculos más fuertes para lograr la construcción de esta esfera pública es la poca experiencia que tenemos los mexicanos en torno a habitar, existir, disfrutar del espacio público, debido a los años

¹¹ *Ibid.*, pp. 5-7.

de captura por parte de los poderes institucionales y fácticos, legales y paralegales, a lo cual nos hemos acostumbrado. Por ello, las diversas experiencias de contacto con espacios físicos públicos que, por lo general, están en propiedad de otros, y que promueven los jóvenes adscritos a los colectivos analizados, como el uso de la bicicleta, el ocupar las plazas públicas, proteger los bosques, produce una sensación de apropiación de algo que se suponía ajeno, una especie de empoderamiento.

Algo similar ocurrió con la experiencia del Colectivo Ciudad para Todos al acampar, durante un mes, como protesta por la construcción del puente Matute Remus. Tener la posibilidad de habitar y cuidar ese lugar en el que normalmente no nos detenemos, no experimentamos porque sentimos que no nos pertenece, nos cuestiona esa costumbre de replegarnos a los espacios privados y desdeñar los públicos.

La experiencia de haber disfrutado encuentros, pláticas, ratos de ocio en esos lugares públicos, sirvieron como detonadores de estos colectivos que se han movilizad para ampliar y mejorar las posibilidades de contar con dichos espacios en toda la ciudad.

3. Más allá de la inclusión y la exclusión

En los actuales movimientos globales, al igual que en las cinco agrupaciones mencionadas, encontramos rasgos peculiares. Uno es la conformación mayoritariamente juvenil que parece estar en línea con la indignación global de una juventud precarizada que, a pesar de su acceso a la educación, no encuentra las oportunidades laborales ni los beneficios de pertenecer a una comunidad política en la que los Estados no garantizan bienestar alguno. Al igual que los indignados del mundo, los jóvenes de estos colectivos, aunque no pueden considerarse totalmente al margen de la institucionalidad legal, comparten con la gran mayoría

de los jóvenes mexicanos excluidos esa búsqueda de adscripción que ya no encuentran en espacios que lo ofrecían, tradicionalmente, como es la escuela, el mercado laboral o la iglesia.

Néstor García Canclini¹² apunta que entre los jóvenes que han quedado excluidos puede hablarse de un deseo radical de diferencia. En otros se trata de indiferencia escéptica hacia lo que pueden ofrecerles las formas de inserción, previstas en el orden hegemónico. La desafiliación política, la búsqueda de trabajo en los mercados informales, el consumo de productos pirata y el abandono del país como migrantes, son modos prácticos de descreencia en la organización social imperante. Sostiene que el no deseo de ser incluidos es un acto de lucidez y realismo social, porque saben que el desarrollo oficial o legal del país los ha vuelto más educados y a la vez más desempleados, les da más información y conexiones, pero menos oportunidades de convertirlas en poder.¹³

Sin embargo, a diferencia de esos jóvenes totalmente excluidos, los activistas sujetos del presente estudio poseen una capacidad de agencia, que todavía les ofrece la posibilidad de crear su propio grupo de referencia, ya sea un colectivo, una asociación civil, o de participar en organizaciones de la sociedad civil. Estas filiaciones estarían sirviendo como nuevas formas de reinscripción social que, seguramente, significan un cambio en la construcción de la cultura política.

Ya no se trata sólo del binomio inclusión-exclusión, en el que se suele colocar a los jóvenes, quienes ahora cuestionan la manera precaria en la que se les quiere incluir, así como el modelo de sociedad a la que se les invita a pertenecer.

¹² Néstor García Canclini. "Epílogo". "La sociedad mexicana vista desde los jóvenes", en Rosana Reguillo (coord.). *Los jóvenes en México*, México, FCE/Conaculta, 2010, pp. 430-444.

¹³ *Ibid.*, p. 441.

Cuestionan el consumismo, el uso desmedido del automóvil, las lógicas depredadoras de producción que están acabando con recursos no renovables. En síntesis, cuestionan el tratamiento de la ciudad como mercancía y buscan devolverle su valor de uso. Pero a pesar de criticar estas formas de inclusión, no quieren ser excluidos, sino que se sienten con derecho y quieren cambiar los criterios de la pertenencia, así como a quienes los deciden.

Otro rasgo peculiar de los jóvenes agrupados en colectivos que pretenden mejoras para la ciudad de Guadalajara es que poseen capitales sociales, culturales y económicos, que al no encontrar espacios institucionales para invertirlos y hacerlos producir para beneficio individual y social, los invierten en desarrollar prácticas autogestivas que evidencian la inutilidad de los gobiernos para resolver problemas urbanos. Es decir, son jóvenes ilustrados que, pese a su preparación, han visto disminuidas sus expectativas de calidad de vida y de empleo estable, por lo que movilizan sus recursos para crear grupalidades propias a las cuales afiliarse para protestar, mediante la autogestión de soluciones a problemas que son responsabilidad del Estado, y para construir incipientes esferas que propicien el debate público en medios electrónicos y espacios públicos físicos.

La experiencia de enfrentar un Estado con gobierno autoritario, conductas contradictorias y enmascaradas, que se ausenta frente a los conflictos entre ciudadanos y permite un ámbito de paralegalidad desde donde se atienden necesidades que él no puede resolver, no es exclusiva de estos jóvenes, pues todos la compartimos en diferente medida. Pero quizá lo peculiar es que la participación de estos activistas nos permite contemplar, de manera más clara, lo que esta relación nos produce a todos y visualizar distintas formas posibles de responder.

Lo que observamos en las prácticas de búsqueda de autonomía, de inversión de capitales en espacios y grupos autogenerados, de reapro-

piación de funciones y lugares que una supuesta *expertise* de la autoridad los hacía inaccesibles, es la expresión de una búsqueda por encontrar otra forma de integrar, en la vida política, lo que la modernidad separó para independizar de un tutelaje religioso que inmovilizaba el desarrollo de las diversas esferas públicas. Es, quizá, una de las tantas señales del ocaso de una época y, sobre todo, de la emergencia de otra nueva.